

Entrevista una hora con el doctor Salomón Resnik

• Salomón Resnik es un destacado psicoanalista argentino, de quien se han publicado trabajos en esta revista,* Hizo su formación psicológica, médica y psicoanalítica en la Argentina y desde hace varios años reside en Europa, Próximamente habrá de publicar un libro titulado “Persona y psicosis” que será editado por Payot en Francia. Con motivo de su reciente visita a Montevideo (enero de 1972), Carlos Sopena y Marcos Lijtenstein mantuvieron con él la conversación que sigue.

P. Desearnos que nos digas algo respecto de tu experiencia europea, sobre tu trabajo en Londres y París, tus contactos con analistas y estudiosos de otras disciplinas.

R. Estoy en París desde hace un año y medio, después de haber pasado once años en Inglaterra. Para mí París representa la vuelta a un punto de partida, Salí de Buenos Aires en el año 1957 y fui a París con la intención de hacer una experiencia de vida en Europa, París es para todos los rioplatenses una imagen y una fuente cultural con la cual nosotros estamos familiarizados. Viví casi un año en París con la expectativa de ir luego a Londres, realizando mientras tanto, una experiencia importante para mí. Siempre me interesó el arte, más bien lo “estético” en lo cotidiano, Esta actitud me puso en contacto con algunas personas del grupo surrealista, entre otros, los pintores Jacques Herold y Victor Brauner. Con este último particularmente, establecí una relación bastante inmediata, cosa rara dada su actitud hermética habitual. Asoció mi persona con la de Pierre Mabilie, conocido sobre todo por sus ensayos acerca de lo maravilloso y que, como yo, era médico psiquiatra. Conocí también

* Salomón Resnik: **La experiencia del espacio en el setting analítico**. “Revista Uruguaya de Psicoanálisis”, 1967, t. IX, nos. 3/4. Y: **Lenguaje corporal y expresión verbal. Análisis de una crisis psicótica**, en el t. XI, n° 1, de 1969.

alguna gente ligada a Les Temps Modernes, el grupo de Jean-Paul Sartre y algunos filósofos de orientación sociológico-política como Lucien Goldmann. En París como en Buenos Aires la gente se reúne en los cafés a días y horas convenidos; lo que hice fue descubrir dónde se reunían los grupos que a mí me interesaban. Así conocí algunos intelectuales refugiados húngaros de izquierda, entre ellos un alumno de Lukács, que luego reencontré en Inglaterra. Como tenía que sobrevivir ya que no disponía de muchos medios, conseguí un puesto de traductor temporario en Naciones Unidas, gracias a una recomendación de Manolo Lamana, La psiquiatría y el psicoanálisis estaban de vacaciones para mí, hasta que un día, visitando el hospital Sainte Anne, me interesó conversar con la gente que trabajaba con el doctor Daumaison en el servicio de Admisión del hospital. Yo tenía referencias de él como gran semiólogo, además de su Interés marcado en problemas de psiquiatría social. En efecto, ha sido uno de los promotores de lo que luego se denominó gracias a él, *psicoterapia institucional*.

La visita a su servicio me despertó deseos de aceptar la invitación de colaborar en él. Conocí ahí dos psiquiatras de orientación analítica, el doctor Lubtchasky y el doctor Guiguen, con los cuales establecí un contacto inmediato y profundo a la vez, Con ellos y el doctor Daumaison comenzamos a realizar experiencias de grupo con fines diagnósticos y con una finalidad pronóstica. Se trataba de realizar una labor de investigación en materia de semiología psiquiátrica grupal. Se comparaban además los *datos* obtenidos de las entrevistas individuales, con los *signos* de comportamiento de los mismos pacientes en un contexto grupal.

Seguí un curso de Merleau-Ponty en el Collège de France que me fue sumamente útil y también me inscribí en el curso de filosofía de Jean Wahl, que ese año se ocupó de Heidegger y Husserl. En la Unesco encontré a Alfred Metraux, antropólogo muy conocido, que vivió en Argentina y que me sugirió entrar en contacto con Lévi-Strauss. Quería establecer un diálogo con sociólogos, antropólogos y fenomenólogos. Siempre concebí la psiquiatría y el psicoanálisis como un *trabajo de campo*, donde la descripción del fenómeno mismo a través de todas sus *apariencias* es primordial. Seguí también un curso de sociología psiquiátrica con el profesor Roger Bastide, La experiencia del año

1957 fue sumamente estimulante para mí y en cierto modo marcó el destino de mi vuelta a París.

La razón por la que fui a Londres, específicamente, era profundizar y completar mi formación analítica, Ya era titular del grupo argentino cuando me fui a Europa, pero tenía necesidad de volverme a analizar y desde hace muchos años quería hacerlo con Herbert Rosenfeld. Además, deseaba completar mi experiencia con niños y con pacientes psicóticos. Es decir, ir al encuentro de la fuente de una escuela que siempre me interesó, la escuela de Melanie Klein. Mi preocupación era cómo poder ir a Londres, cómo conseguir un puesto allí, Precisamente y en función de mi trabajo sobre semiología en grupos, conocí un médico inglés que visitaba el hospital y que se interesó por mi trabajo. Se trata del doctor Morris Carstairs, prestigioso psiquiatra, que se ocupaba de epidemiología y sociología psiquiátricas. Le expresé mis deseos de trasladarme a Londres y él respondió que me ayudaría. Así fue como me invitó a pasar una semana en Londres, después de haber concertado algunas entrevistas en hospitales psiquiátricos, donde él creía que mi labor podría ser de utilidad. Dos hospitales me ofrecieron puestos, a pesar de que yo no hablaba inglés, Aprendí mis primeras palabras de inglés con un niño de tres años, el hijo menor del doctor Carstairs. Como en mi experiencia de psicoanalista de niños, aprendí a hablar jugando.

Me aceptaron para organizar una comunidad terapéutica de jóvenes esquizofrénicos crónicos; se trataba del Netherne Hospital que queda fuera de Londres, más o menos a una hora y media, en Surrey. Fue una experiencia de *campo* muy interesante. Viví mi condición de extranjero en una cultura nueva precisamente con un grupo de “alienados de la sociedad”. Con ellos continué haciendo el aprendizaje del idioma, del inglés, y del lenguaje esquizofrénico en dicha cultura, Como no sabía hablar, los pacientes me ayudaban a encontrar las palabras en mis propios gestos, me proveían del símbolo “a la mano” para poder así unir el gesto a la palabra. Siempre me ha interesado el problema del cuerpo y su lenguaje. Al año de iniciada dicha labor fui invitado a dar una conferencia en la Royal Society of Medicine sobre *Non Verbal Communication in a Community of Psychotic Patients*, donde hablé en *mi inglés* sobre lo aprendido a través de mis dificultades y la necesidad de sobrevivir en este

nuevo baño cultural, con valores distintos y *signos* verbales y no verbales no conocidos por mí previamente.

Paralelamente a mi labor hospitalaria inicié mi análisis con el doctor Herbert Rosenfeld. No era mucho lo que ganaba como psiquiatra extranjero, pero felizmente un grupo de analistas argentinos se prestaron a ayudarme el primer año, enviándome algún dinero que luego devolví con mucha emoción y agradecimiento.

Melanie Klein misma me ayudó y se ocupó de hablarle a Rosenfeld por teléfono en presencia mía para sugerirle que me tomara en análisis. Desde el primer momento, M. Klein me impresioné como una persona modesta, afectiva y dispuesta a apoyarme. Me preguntó cuáles eran mis puntos de interés con respecto al psicoanálisis y cuáles eran mis proyectos futuros, Respondí que me interesaba mucho la teoría y la técnica kleinianas porque había trabajado con niños autistas en Argentina y luego con psicóticos adultos. Consideraba que las experiencias de ella y sus formalizaciones teóricas eran particularmente reveladoras a ese respecto, y que la noción de relación de objeto se prestaba también a la comprensión de los fenómenos sociales, Le expliqué que en Argentina me había ocupado también de fenómenos grupales. Estuve ligado en Buenos Aires a los comienzos de la psicoterapia de grupo, hace veintidós años; con el doctor Usandivaras y con Morgan habíamos iniciado el primer grupo terapéutico de psicóticos crónicos en el Hospital Neuropsiquiátrico de Buenos Aires,

M. Klein respondió que le parecía bien que yo quisiera completar mis conocimientos y analizarme, pero no se mostró muy optimista con respecto al futuro de la psicoterapia de grupo y sí más bien escéptica, diciéndome que era ya muy difícil analizar una sola persona, Que quizás sería demasiado venturoso de mi parte y que a través de mi propio análisis podría cambiar de actitud al respecto.

Comprendí que M. Klein expresaba una ideología personal. Comprendí también que Bion, podría haber sido influido por dicha actitud, abandonando su interés por los grupos, en determinado momento de su vida. Aunque la explicación que él mismo me ha dado al preguntárselo, era que le interesaba más profundizar el problema del psicótico que ocuparse de grupos. En realidad,

ambos problemas me parecen inseparables, desde el momento que el mismo Bion habla del esquizofrénico, como una “*personalidad-grupo*”. Esta situación tuve que analizarla con el doctor Rosenfeld como un problema *fundamental e inmediato*, ya que debía ocuparme y confrontar una realidad psiquiátrica: la comunidad terapéutica a cuyo cargo estaba. Era responsable de setenta pacientes, con los cuales formé siete grupos de diez, y a quienes yo veía en psicoterapia grupal una vez por semana. Al mismo tiempo veía a todos los pacientes que voluntariamente se prestaban a ello en dos sesiones comunitarias semanales, con la presencia del equipo, que incluía un médico psiquiatra clínico —yo me ocupaba de la parte social y psicoterapéutica—, una asistente social, una terapeuta ocupacional, el jefe de enfermeros hospitalarios y una persona que se ocupaba de la psicopatología del arte (encargada del *atelier*).

Ésa fue una experiencia muy interesante porque traté de ligar la experiencia terapéutica grupal de pequeños grupos o microscópica con el aspecto macroscópico de la comunidad in toto.

Todos los días de mañana me reunía con el equipo para informarme de lo acontecido en el servicio y discutir así, en grupo, los problemas más inmediatos, Son los enfermeros los que conviven cerca, directa y permanentemente con los pacientes. Comprender la conducta del paciente en su dimensión comunitaria exigía una cierta disciplina en las técnicas de observación. Se trataba de un trabajo de terreno antropológico, donde pude aplicar o utilizar algunas ideas que había aprendido teóricamente con Lévi-Strauss y Roger Bastide en París. Pero en materia de método de trabajo práctico de campo tuve que recurrir al profesor Raymond Firth, profesor de antropología en la London School of Economics, que había sido discípulo de Malinowski. Durante cierto tiempo tuve el privilegio de que él me controlara el material. Recuerdo que le planteé al profesor Firth el hecho de que el paciente esquizofrénico, dada su actitud narcisista, se oponía al tratamiento; a lo cual respondió, luego de observar el material, que no estaba de acuerdo, que no era que el esquizofrénico se *opusiera* al tratamiento, que él quería ser tratado, pero que no aceptaba ser tratado por un simple mortal: el médico, Él exigía ayuda de un ser superior, sobre todo si se trataba de un delirio místico; alguien que pudiera representar la voz de Dios o una imagen idealizada. Me pareció sumamente útil esta perspectiva de ver el material a partir de otra disciplina,

Claro que esta relación de objeto en un plano idealizado, debía a su vez ser analizada y precisamente a partir de la noción de *relación de objeto narcisística*; justamente acabo de escribir un trabajo a ese respecto.

P. Estás entrando en un tema sobre el cual deseábamos hacerte una pregunta que se refiere, precisamente, al trabajo interdisciplinario, Teníamos especial interés en preguntarte como se encara el trabajo interdisciplinario en París o Londres; en qué sentido se ha movilizado la búsqueda de otras disciplinas por parte de psicoanalistas —ya mencionaste tu interés por la filosofía, la sociología y la antropología— y también si, a la inversa, hay especialistas de otras disciplinas que manifiestan un interés particular por el psicoanálisis. ¿Cómo se puede dar el encuentro?

R.. A ese respecto puedo decir lo siguiente: la razón de mi contacto interdisciplinario corresponde a una posición crítica frente a grupos analíticos demasiado encerrados en su propio lenguaje y en una ideología de vida, como he dicho a propósito de M. Klein, indiferenciada muchas veces de una ideología científica. Cuando *un grupo* vive demasiado “al interior” de la institución que lo representa, no se dan las posibilidades de encuentro con otras formas de pensar: otro lenguaje, otra ideología. El logos necesita espacio para movilizarse, Sin Perder, por supuesto, contacto con su propio cuerpo. Una identidad de grupo demasiado fuerte puede *anular* la identidad individual de sus miembros. Yo siempre traté de no perder mi identidad individual, aun compartiendo ciertamente aspectos comunes con miembros de mi grupo.

Me puse en contacto con gente de otras disciplinas precisamente para adquirir perspectiva propia en mi propia disciplina a través del contacto con otros campos. La alteridad estimula el *diálogo interior*. En la London School of Economics di un curso durante dos años de dinámica de grupo para estudiantes graduados en ciencias sociales, El criterio que seguía estaba en la línea de lo que se llama en Estados Unidos T-Groups o grupos de entrenamiento. Fue para mi una experiencia grupal transcultural, dada la diversidad cultural de los componentes del grupo. A la London School of Economics concurren en efecto, estudiantes de todo el mundo. Como observadora del grupo, contaba con una antropóloga social. Me interesaba especialmente contar con alguien intuitivo que pudiera operar como “testigo” de

una experiencia nueva para los dos, a partir de una perspectiva disciplinaria distinta, pero co-incidente en el espacio y el tiempo.

P. ¿Tu observadora era antropóloga?

R. Precisamente me pareció útil el hecho de que no tuviera ningún conocimiento del psicoanálisis (por lo tanto con una visión *naïf*), Pero sí con una formación y experiencia en trabajo de campo. El diálogo con ella me resultaba, en efecto, enriquecedor. Como ya lo he dicho en parte, yo he tratado siempre de luchar contra todo aislamiento de grupo y mi interés ha sido siempre una relación de reciprocidad con el afuera, Como en la noción del yo observador en psicoanálisis, es necesaria una cierta distancia y posición con respecto a nosotros mismos para operar como testigos de nuestro propio devenir.

P. Tengo la impresión de que la teoría y la técnica analíticas están muy infiltradas por factores ideológicos que las afectan.

R. El problema comenzaría planteándose en qué medida el psicoanálisis es o no una ideología. Yo creo que sí, que la concepción de vida en Freud esta implícita en la formulación de sus teorías. Pero también creo que cada escuela analítica ha interpretado la forma de pensar de Freud y su terminología a su manera; la prueba está en que tenemos escuelas que se pretenden “ortodoxamente” freudianas: *volver a Freud*, redescubriéndola a su manera.

En realidad, falta una verdadera revisión de la teoría psicoanalítica. En el campo analítico no hemos llegado aún, como en otras disciplinas, a un verdadero cuestionarse a sí mismo. La terminología que Freud ha utilizado es reveladora de la época y de la cultura en que sus ideas se gestaron; hoy tendríamos que reventas a la luz de una cultura distinta, todo un sistema de valores en transformación y en “crisis”, Un criterio crítico elaborativo de “revisar” *apreciativamente* los hallazgos e ideas de Freud a la luz de una perspectiva actual, sería una tarea, aunque difícil, de gran utilidad.

P. Esto toca un punto que planteaste en el seminario sobre transferencia y contratransferencia en la APU: cuando hablabas de la vocación, del amor al misterio, a los mitos, en las escuelas analíticas; de la tarea analítica como un descubrir ayudando y ayudar descubriendo; el encuentro de la perspectiva abiográfica con la biográfica, diacronía y sincronía, y el hecho de que el análisis es una tarea que enfrenta siempre al analista y al analizando con situaciones

de cambio. He tomado palabras tuyas y pienso que sería de mucho interés si pudieras sintetizar algunas de estas ideas para los lectores del reportaje, puesto que acá, a propósito de análisis e ideología, estás tocando algunos puntos medulares de qué es ser analista y por qué uno se hace analista.

R.. Una palabra que no se utiliza mucho en psicoanálisis es la noción de *persona* (per-sonare: resonar a través de *su propia*, máscara).

Cuando se utiliza el psicoanálisis como profesión-máscara de una manera demasiado amplia, llega ésta a ocupar el lugar que ocuparía la persona. Es por eso que hay algunos grupos analíticos que opinan a través de su máscara ideológica grupal, en detrimento de la especificidad de la máscara personal de sus miembros. Desde el punto de vista de las teorías psicoanalíticas ocurre algo parecido. Respecto de los supuestos teóricos que Freud utilizó a propósito de la teoría de la libido, o M. Klein a propósito de la relación—de objeto, uno tiene la impresión de que hablando de energía en el caso de la teoría de la libido, o de relaciones de objeto, o de funciones defensivas del yo en la escuela norteamericana, se adoptan perspectivas “univocas” y se pierde la perspectiva global de que todo lo que ocurre, acontece *entre personas*, Yo diría que la *vocación* —etimológicamente “sentirse llamado”—, podría ser concebida como la voz interior de la persona (el inconsciente que guía espontáneamente al individuo a movilizarse en la búsqueda de aquello que le es desconocido). Toda inclinación por “develar el secreto”, forma parte de los orígenes de toda mitología. El misterio y el mito se dan cita en la persona; la necesidad y el temor de conocer forman parte de toda investigación frente a lo desconocido. Pero nuestra actitud frente a la investigación no existe totalmente independiente de nuestros propios mitos. Si pretendemos realizarnos *en el hacer*, no podemos desprendernos de nuestros supuestos emocionales al nivel del sentir y del pensar. Por otra parte todo sistema de pensar, o ideología (en su sentido mas amplio), colorea el campo de nuestra propia investigación. ¿Es que deseamos realmente conocer, profundizar, ayudar?; ¿o es que queremos demostrar la pretendida co-herencia del mito, o de la supuesta ideología que nos gula y nos desvía a la vez de la búsqueda?

La curiosidad de saber no es separable normalmente de la de ayudar en el psicoanálisis. Sólo podemos *estar* en la situación con *alguien* si entre ambos se desarrolla una atmósfera de interés mutuo, en la cual el deseo de saber de

cada uno estimula y ayuda al otro en su búsqueda. Por otra parte, cada uno se define a través del otro; el paciente reconoce al analista en tanto que tal y recíprocamente, situación que permite un esclarecido juego de papeles. No existe investigación sin cooperación, La diferencia sería no idealizar la ayuda y transformarla en una meta que satisfaga tendencias narcisísticas de poder y de éxito en los miembros que la constituyen.

Con respecto a la perspectiva diacrónica y sincrónica, lo que quise señalar es que Freud fue influido por una concepción diacrónica-evolucionista, imperante en su época, Nociones tales como la de energía, el atomismo en psicología y la formación anátomo-clínica que colocaba el acento sobre la etiología o causa de las enfermedades, influyeron el pensamiento de Freud. Las primeras ideas de Freud sobre la teoría traumática, tomadas al pie de la letra, transforman el análisis en una especie de “aventura detectivesca” que consiste en buscar en el pasado la situación traumática, Felizmente, con el descubrimiento de la noción de transferencia y su ulterior desarrollo, la perspectiva sincrónica, o actual, cobra la importancia que le corresponde. Si bien en la clínica Freud recobra las dos perspectivas: temporal y espacial, en su terminología utiliza nociones de implicación causal y evolucionista, por ejemplo, la noción de regresión. La noción de tiempo como presencia, que caracteriza el pensamiento fenomenológico, y su acento sobre la descripción minuciosa de las apariencias del fenómeno han contribuido, a mi parecer, a enriquecer la visión de la experiencia analítica.

Psicoanálisis y fenomenología, sin que haya exclusión del uno por el otro, no sólo no se contradicen, sino que se enriquecen mutuamente.

P. ¿Pensás que se puede afirmar que existe actualmente una crisis del psicoanálisis?

R. Yo creo que sí, Creo que es un fenómeno actual, pero es necesario diferenciar semiológicamente crisis de crecimiento y crisis de de-crecimiento o *situación caótica*. La misma diferenciación cabe entre *institución como expresión* de una actividad coherente y constructiva y una institución constituida como mecanismo de defensa con respecto a la sociedad, Todo fenómeno de pasaje, toda re-visión implica confrontarnos con la situación precedente, con los modelos que tenemos que abandonar. La paralización en la evolución de ciertas ciencias, puede ser la *señal* de alarma de confrontarse con lo desconocido: lo nuevo. Melanie Klein precisamente se ha referido, a

propósito de la posición depresiva, a la crisis *penosa* de toda situación de cambio, pero también a la necesidad de dicho cambio.

P. De acuerdo con tu experiencia, que has trabajado en Buenos Aires, Londres y París, ¿cómo se ha venido desarrollando el movimiento psicoanalítico en esos países? Y, ¿cómo es el contacto entre los analistas europeos?

R. Hay fenómenos comunes y no comunes, pero hay un elemento bastante *común*, que podría ser un índice de un estado de cosas a entrar en crisis. Podría ilustrarlo con el ejemplo siguiente: en el último congreso psicoanalítico que tuvo lugar en Viena, asistí a un seminario en el cual representantes de *gran valor* de distintos países y distintas escuelas, discutían problemas teóricos y técnicos. Pero cada grupo hablaba su propio lenguaje. La comunicación resultaba muy difícil, ya que cada grupo parecía querer imponer su *lenguaje* y sus conceptos. Resultaba paradójal la dificultad de diálogo en un encuentro entre analistas, donde la labor común de trabajo grupal no podía realizarse adecuadamente dado el carácter narcisístico de cada subgrupo. Algunos analistas trataron de superar la compartimentación para poder convertir el seminario en un grupo funcional, Pero la aceptación de un lenguaje común significaba abandonar ciertos aspectos de un lenguaje propio y privado en beneficio de una socialización del *logos*.

P. Quería preguntarte cómo veías, desde tu perspectiva de viajero, qué pasa con el psicoanálisis en América Latina, y más precisamente, en el Río de la Plata.

R. Tendría que decir antes —y vuelvo al comienzo—, que después de mi breve estada en París y mis once años en Londres, después de una experiencia *muy rica* de re-análisis, controles y diversas experiencias que complementaron mi formación, he sentido la necesidad de volver a París. Sentí la necesidad de un re-encuentro conmigo mismo y en un “clima” como el de París, para reflexionar sobre una cantidad de cosas y entre ellas, por supuesto, mi experiencia en Londres. Sentía necesidad de cobrar distancia y *perspectiva* propia con respecto a mi experiencia pasada, presente en mí, París para mí siempre ha sido “un lieu de rencontre”. He organizado mi vida de tal modo que

tengo tiempo para meditar, estudiar y *vivir*. No formo parte oficialmente de ningún grupo (salvo en mi carácter de miembro de la Asociación Psicoanalítica Argentina), Dicha situación la considero privilegiada en mi caso porque me permite comunicarme a nivel de persona con la gente de cada grupo y aún con los que están fuera de todo grupo. Sobre todo tengo menos necesidad de ver gente ya que estoy concentrado en trabajos que estoy elaborando y escribiendo.

Uno de los problemas alienantes de nuestra época es la negación del tiempo; los analistas no escapan a dicha situación, ya que bajo el pretexto de cumplir su función, no se reservan Suficiente tiempo para reflexionar sobre ella.

¿Qué pienso, para volver a la pregunta, del análisis en el Río de la Plata? Lo que puedo decir es que estoy alejado en el espacio; no vivo una experiencia directa de lo que sucede aquí, pero si indirectamente, y a través de las visitas que he realizado, Buenos Aires y Montevideo son dos centros que han evolucionado indiscutiblemente, ligados históricamente. Cada vez que vuelvo a Buenos Aires me vinculo a la gente *más amiga* dentro del grupo analítico. El grupo argentino es demasiado grande y no es posible estar en contacto con todos, En Uruguay el grupo es más pequeño y me recuerda la época en que en Argentina la gente de la Asociación éramos una familia,

P. Tenés contacto con analistas de algún grupo en particular en París?

R. Es la gente joven de cada grupo: lacanianos, del Instituto de París, del grupo de la Asociación Francesa, colegas de Lyon y de otros lugares, que espontáneamente han pedido colaborar conmigo después de haber escuchado algunas conferencias, Tengo vinculación con Laplanche por el hecho de haberme invitado a colaborar en su cátedra de Psicología. También tengo una relación personal con el doctor Leclair. En principio no tengo prejuicios con respecto a los grupos a que pertenece la gente que concurre a mis seminarios, Lo que me interesa es la relación a un nivel personal y de trabajo.

Personalmente, me interesa trabajar con gente ligada a instituciones

psiquiátricas y que le preocupe el problema de la psiquiatría social.

Analizo muy poca gente y la poca que analizo es gente que me interesa en su condición humana, intelectual y por su *vocación*. Son en general psiquiatras con un interés en el movimiento comunitario, en la transformación del antiguo asilo psiquiátrico en comunidad terapéutica. Gente que tiene verdadero interés en lo que hace, en función de su proyección social más que en función de un interés inmediato o utilitario. Tengo pues un criterio de selección con respecto a la gente que analizo. Soy asesor de tres hospitales psiquiátricos, tarea que consiste en que una vez por mes me reúno con el equipo correspondiente para discutir problemas de comunicación grupal (transferencia y contratransferencia institucionales). Doy cursos en la cátedra de Psiquiatría de la Universidad de Lyon y una vez por mes doy seminarios en el Instituto Psicoanalítico de Milán.

P. En América Latina existe gran interés en investigar la incidencia de la realidad social en el psicoanálisis, e inclusive es un tema del próximo Congreso Latinoamericano de Caracas. ¿Existe un interés similar en Europa? ¿Podrías decirnos si se discute ese problema y cómo lo ves desde tu óptica personal?

R. Creo haber respondido en parte a esta pregunta a propósito de la proyección social del psicoanálisis. En las instituciones analíticas de cada país, y eso se puede ver en los congresos internacionales, hay una especie de conflicto latente o aparente con respecto a la posición conceptual e ideológica en los analistas en general. Por mi parte creo, siguiendo a Freud, que el análisis debe respetar la ideología de los pacientes (utilizo ideología en el sentido de *sistema* de ideas). Respetar, es decir, asistir al desarrollo de un sistema de ideas y no interferirlas. Eso no significa para mí ser pasivo, ya que expreso una ideología en la selección que hago de mis pacientes, Soy contrario a toda generalización, tal como ser: “Es muy importante no ser masoquista y ganar mucho dinero”, que es utilizado a la letra muchas veces para actuar sin contemplaciones con respecto al prójimo. A propósito de la implicación socio-cultural de la significación del dinero, quiero dar un ejemplo. En el último Congreso de Viena un conocido psicoanalista norteamericano que habló de transferencia, dio un ejemplo del análisis de un paciente negro y se refirió en estos *términos*: “Yo analicé un paciente negro; nunca tuve amigos negros ni había analizado a un negro, No pude comprender a este paciente bien [decía el analista] y después de un cierto tiempo me atreví a decirle: «Creo que no nos podemos comunicar», a lo cual reaccionó el paciente (que era médico y

estudiante de psiquiatría), diciendo: «Claro; yo no puedo analizarme con usted porque estoy en una situación de inferioridad. Usted me cobra un precio de paciente negro y no el precio de un paciente blanco.» Entonces el analista respondió: “Pero usted no gana dinero como para pagarme”. “No importa”, respondió el paciente, “yo trabajaré más y le pagaré.” El analista le aumentó los honorarios y *“el paciente se curó”*.

El problema que se plantea es complejo. Ciertos valores de ideología capitalista; el dinero por ejemplo, es considerado como un valor sobrentendido y no se discute, es un hecho incuestionable. Ni siquiera se analiza como en el ejemplo anterior, que supongo que es un signo de una forma de pensar que no es totalmente general, pero que existe, El dinero es un valor indiscutible que forma parte de toda sociedad contractual, cosa distinta que la alienación de su valor en cuanto que tal, para convertirse en un *fetiché* social. No es un elemento de intercambio en este caso, como lo era históricamente, sino un elemento valorado de tal manera que *cosifica* al individuo, individuo que se convierte a su vez en víctima del fenómeno de reificación. Por lo tanto el analista (alienado culturalmente) no está en condiciones de analizar la situación. La fantasía de transformarse en blanco y adquirir status de tal a través del dinero es negada y no analizada. Ninguno de nosotros se atrevió a discutir esto durante el congreso. Quiere decir que el superyó institucional era suficientemente fuerte en un sentido negativo como para bloquear internamente la posibilidad de cuestionar el problema subyacente al cual hace referencia el ejemplo citado: el problema del poder de la “magia” y del dinero, de poder transformar omnipotentemente una persona en otra... No es el ejemplo en sí mismo que es importante sino su valor de signo de una de las tantas situaciones que deberían ser cuestionadas y frente a las cuales nosotros nos sentimos paralizados por un problema de transferencia y contratransferencia institucional no elaborado. Creo que debemos reflexionar sobre los sistemas de ideas y principios institucionales que utilizamos sin cuestiones suficientemente.

El analista, como toda persona, es influido por las ideologías correspondientes a su cultura. Por otra parte, ¿cómo se puede no influir al paciente con nuestras propias ideas? Yo mismo soy consciente de la dificultad de esta alternativa, aunque trato de elaborarla en el plano de la praxis profesional, Lo importante, creo, es no negar dicha realidad y utilizar los

conocimientos analíticos para elaborar nuestra posición frente a nosotros mismos e implícitamente frente al otro.

P. ¿Considerarías que en América Latina, dadas las condiciones sociales y políticas, tendría especial relevancia investigar cómo operan los factores ideológicos en el campo del quehacer analítico y aun en el desarrollo de la teoría?

R. Conociendo algunos de los problemas de los institutos latinoamericanos con los cuales estoy en contacto, habría que diferenciar hasta qué punto los conflictos existentes son fenómenos estrictamente ideológicos o en qué medida problemas personales son enmascarados a través de problemas pretendidamente ideológicos. Y creo que eso debe plantearse dentro del ámbito institucional mismo, en lugar de atomizar la institución o no hablar por temor, o por incapacidad de controlar la agresión, y distanciarse. Yo creo que la expresión de maduración de una institución está dada por la capacidad de tolerar las discrepancias existentes entre sus miembros, o la capacidad de tolerar el desacuerdo con *respeto*. Cada uno tiene derecho a tener versiones distintas respecto de un mismo fenómeno; si ese nivel ético se mantiene, el desacuerdo podría transformarse en un aporte, en una ocasión de enriquecimiento del grupo. Si el desacuerdo es sobre todo competitivo y no la expresión de un aporte, el grupo se debilita y se empobrece. La defensa al desacuerdo no tolerado puede paralizar la creatividad del grupo: la gente se va para no hablar, si el decir y el hacer no están suficientemente diferenciados. La posición de quienes tienen que dirigir la discusión, dado *su status* dentro de la institución, no es fácil, ya que a un nivel inconsciente pueden perder objetividad y sentirse arrastrados por el mundo de la acción, por la facticidad “mecánica”.

La institución analítica no puede quedar fuera de todas las otras instituciones que forman parte de nuestra cultura y no podemos mantenernos ajenos y desconocerlas. En la dimensión de ser persona cabe que nosotros, en cuanto analistas, también somos miembros de la polis y tenemos responsabilidad en nuestra calidad de ciudadanos de lo que acontece en ella y de lo que acontece en el mundo que nos rodea.